

A propósito de «Bizarrias de Antaño»

UNA CARTA DE RODRÍGUEZ MENDOZA

HEMOS venido publicando, desde varios números atrás, los recuerdos literarios que el reputado poeta, profesor y hombre de letras Antonio Bórquez Solar ha reunido bajo el título común de *Bizarrias de Antaño*.

Hoy nos es grato reproducir una interesante carta de nuestro Ministro en España, el conocido literato Emilio Rodríguez Mendoza, en que se hace alusión a ciertos pasajes de las páginas de Bórquez que tocan acontecimientos de las empresas de ambos hombres en la vida literaria chilena de hace años.

Madrid, 15 de Julio de 1926.

Sr. Don

Antonio Bórquez Solar,

Santiago.

Mi querido Bórquez:

Con diez años menos, tal vez habría contestado airadamente la pintura que de mi mansedumbre hace Ud. en la interesante ATENEA. Pero, como, en vez de ser diez años menos, son diez y pico más—¡ya estamos maduros, querido Bórquez!—muy lejos de enfadarme, le agradezco sus recuerdos en son de zurra: vienen de Ud. y, además, a nuestra edad,—la proveya *que llaman*,—uno agradece que le arrimen la palmeta en las asentaderas, porque sólo así puede hacerse la ilusión precaria de que todavía le queda algo de niño...

¡No estaré tan viejo, cuando todavía me zurren!—he pensado. Y ahora, permítame una brevisima acotación.

Mis *Gotas de Absintio* son de fines de 1894. Usted vino un poco después, si no me equivoco. Sí, un poco después y en el preciso momento, querido poeta, en que a mí empezaba a reventarme aquello de las sonatinas, los clavicordios, las princezas de juguetería, de confitería o de casino; los grises mayores o menores de Rubén.—mi gran prologuista, en quien, por lo demás, sigo reconociendo, grata y fácilmente, una deliciosa caja de música en que los mejores discos son los más sinceramente saturados de humanidad y de dolor.

Ni más ni menos.

Por otra parte, la divergencia estética con usted no me impidió atravesar más de una vez la calle del Estado para abrazarlo,—a pesar, conste, de lo poco aficionado que he sido a abrazar a entidades de mi mismo sexo,—por alguna de sus composiciones: recuerdo, entre otras, una a los caídos a bala en una huelga porteña: los cuerpos, tirados al azar, pasan estremeciéndose, con los brazos, las piernas o las cabezas fuera del furgón embarrado y mal oliente que los lleva a la fosa común.

Hora, si mis pésimos recuerdos no me engañan, la oración, cuando las campanas hablan entre ellas. Tiempo nublado y frío.

Eso es de una sobriedad mortuoria y un dramatismo ruso. ¡Ya ve! No lo he olvidado.

Tampoco he olvidado la fidelidad, valerosa e impávida, de usted a una escuela que odié por falsa y pintarrajeada y a la cual deploré que entregara usted su talento indiscutible y su tesón imperturbable.

Pero todo esto está muy lejos en la perspectiva ondulada de los años, y la verdad es que lo que se combatió *laque en mano* a los veinte años, nos conmueve hoy melancólicamente al resurgir medio borrado entre tanto recuerdo. Tanto, querido Bórquez, que me duele y me amarga no contarlos todos de una vez.

Conste, pues, que a pesar de no haberme amansado del todo,—genio y figura...,—nunca tomé ni tomaría la pluma para herirlo. ¡Por qué!

No. Dios me libre.

Usted me ha hecho volver a la calle de Santa Rosa; a las casas de pensión; a los artículos literarios a cinco pesos,— ¡tiempos felices!—a los versos dominicales; a las corbatas estilo capa de torero de Cabrera Guerra; a los teatruchos por tandas; a las noches en que se caminaba cantando en coro, del brazo y con el cuello subido, bajo el paraguas... En medio del paisaje característico del Santiago de entonces y en el cual aun habrían podido encontrar luz y brasero de cobre coquimbano los personajes de Blest Gana, cruzan la perspectiva del misterio sombras con las cuales hice, alegre y altanero como un cadete de Cyrano, una parte de la jornada, la que, moldeando el carácter, ha dejado huellas emocionadas e indelebles.

¡Hombre, si ya somos sobrevivientes! ¡Como si fuera ayer!... ¡Ahl...

Le agradezco, pues, que me haya recordado. Lo ha hecho con franqueza y lealtad, y no sería justo no decirle que ahora, veinte años después de haberla escrito con tinta de *La Ley* ratifico complacido aquella dedicatoria estampada en la página liminar de *Ultima Esperanza*; lo que quiere decir que sigo viendo en usted una de nuestras figuras literarias más interesantes y respetables.

Su amigo q. e. s. m.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.